

ESCRITORES DE ANTAÑO

José D. Gámez

ADAN VIVAS

José D. Gámez, según sus enemigos, es como la encarnación de todas las intrigas, de incontables patrañas; como el genio del desorden y del odio vengador; esto y algo más; y en el campo de las letras no le conceden esos mismos ninguna palma; no le otorgan un solo triunfo que le haga acreedor a tomar asiento entre los buenos escritores de su patria. Para sus correligionarios en el Parlamento y para sus amigos personales, Gámez es un espíritu de buen batallador, un sostén de invariables principios, una columna del edificio nacional; y con la pluma en la mano, el actual presidente de la Asambla, tiene, según algunos de los hijos de la tierra de los lagos, un onhiesto sítil.

Físicamente, nuestro héroe es como sigue: tendrá de alto cinco pies y seis pulgadas; casi obeso; su abdomen le da una apariencia de muy poca elegancia; sus piernas son cortas y sus brazos en demasía, los cuales, cuando camina, los agita de un modo incomparable. Viste descuidadamente, y de pulcro no tiene mucho, aunque parece aseado. Su cabellera espesa y dura, casi nunca está peinada; sus ojos son entre verdes y azules, y tienen una mirada poderosa, pero desagradable. Sus manos son pequeñas; sus dedos, que terminan en punta, tienen por la forma cierta semejanza con los del águila, y sus uñas bastante convexas, indican a primera vista una naturaleza imposible de ser domeñada por ningún infortunio.

Su modo de pensar sobre lo que distingue la verdadera civilización de lo que no es otra cosa que un mediocre adelanto, es bien raro. Un día nos dijo en Washington: He venido desde Nueva York, que es una gran aldea, hasta este punto, que es un chiquero, con toda clase de contrariedades. Y poco después, haciendo referencia a Guatemala, nos aseguró que su movimiento, su vida y su adelanto hacían de esta ciudad un centro de esplendor. Es de los que supone que México puede vencer a los Estados Unidos. Por convicción o por sistema, es enemigo mor-

tal del Papa y sus ministros, y es en boca de Gámez que he oído las expresiones más duras que se pueden lanzar contra el Pontífice de Roma. De esto hace Gámez alarde. Tal es en materia religiosa.

En todo terreno sabe aprovecharse súbitamente de una debilidad de su contrario para herirlo de muerte.

En lo privado es amigo sincero; pero cuando jura odio, lleva la bandera del exterminio en pos de su adversario con tesón igual al con que ha sustentado el estandarte rojo de Jerez, desde que empezó a figurar en el mundo de la prensa como carácter y como pensador. Nadie puede acusarle de haberse descarrilado un día del camino de hierro de su doctrina. Quizás no haya en toda la falanje que triunfó en las cercanías de la Cuesta, un sólo espíritu que, como en el de Gámez, estén tan arraigadas las creencias que forman la base del liberalismo. Búsquese a Gámez en todos los diarios de que ha sido conductor; búsquesele en los folletos, hojas sueltas y libros que han brotado de su pluma, y en cada una de sus páginas se verá que lo mismo en el año de 1875 que en el de 1899, el soldado que hoy es, en seguida del Presidente Zelaya, el primero en el Palacio de Managua, ha mantenido sujeta y airosa con su brazo la enseña que el conservatismo abatido contempla horrorizado.

Cuando se trata del bien de su falanje, no vacila en acudir a todos los sofismas, en promover cualquier conflicto, en llevar, si fuese preciso, la anarquía a todos los centros del idealismo de la moral divina y de la virtud humana; no vacila en dar el paso más peligroso y temerario, si con eso el catecismo de sus ideas ha de seguir siendo leído en los pueblos sobre el altar de la victoria. Cuando la guerra contra Vásquez, la correspondencia privada de Gámez con el Ministro de Nicaragua en Wash-

ington, llegó a causarme horror. Sus designios eran que si los conservadores, a quienes se suponía aliados del déspota de Tegucigalpa, triunfaban en las llanuras de Cholufeca, acabaría Gámez como toda su gente, pero acabarfa llevándose a cuantos enemigos del actual orden de cosas pudiesen ser cogidos en el radio que alcanzara su brazo. De su corazón de fuego sólo pueden brotar llamas, y a veces ese incendio perenne circunda su frente de una aureola hermosa que lo hace destacarse sobre la oscura masa de muchas medianías. Tal es Gámez en el telor de la trama política, en la urdimbre de las combinaciones gubernativas; y es lo mismo colocado en un puesto de triunfo, que en los días de proscripción en que él y los suyos iban por la América Central llorando la difícil realización de un sueño. Siempre su carácter invariable, siempre igual su voluntad. Como dijo atrás, sin embargo, cuando se invoca su sentimiento personal, con tal de que su causa política no padezca por ello, sabe dar pruebas de su piedad y de su gran desinterés. De tal modo tienen algunas personas la convicción de esto, que en horas en que el poder público del presente, después del 17 de septiembre en que los granadinos tiraron el dado del azar; en horas en que ese poder anunciaba y ponía en práctica el castigo para los revolucionarios; más de algún perseguido fue a buscar asilo, y lo encontró inviolable en casa del hombre a quien más aborrecen, pero bien recompensados, los bandos que con diversos nombres forman el partido conservador.

Gámez aspira a la presidencia de la República, guardándose muy bien de darlo a conocer; pero allá en lo profundo de su alma; por incontables ocasiones, esta ilusión inmensa le ha hecho sonreír al reclinar su cabeza sobre la almohada de su lecho. No sabe el tenaz doctrinario que para ser caudillo se necesita de cierto juicio, y de unas como pequeñas virtudes que Gámez está muy lejos de tener. No son las maquinaciones palaciegas ni los arrebatos de elocuencia en las cámaras, ni los más bellos trozos literarios los que hacen, los que improvisan un director de hombres. Es necesario tener esa misteriosa aura popular que soplando muchas veces sobre un ídolo hueco, lo eleva al peldaño de la gloria y allí lo mantiene, mientras ese ídolo sabe seducir a las masas que lo divinizan. Gámez no es popular, ¡que digol, al contrario, aún entre sus correligionarios, cierta envidia y malquerencia hacia su persona, se ven aparecer de cuando en cuando. A Gámez lo adulan los suyos hasta donde necesitan o le temen. Conocen que nunca ha de llegar a ser el árbitro supremo de la suerte de su patria, y los mortales por regla general, dan tanto como esperan recibir. ¿Por qué envidian y no quieren a Gámez muchos de sus compañeros de escena? Por lo mismo que reconocen en él un talento superior al de ellos, con el cual le es permitido ser siempre un favorito indispensable para el jefe de su bando. Sí, lo es; pero de allí no ha de pasar. Ha de permanecer, en tanto que los liberales dirijan el destino de este suelo, ocupando una silla, la más próxima al dorado sillón presidencial; pero sobre su dulce cojín no irá a sentarse nunca.

Como escritor y como historiador, he aquí a Gámez. Su pluma ardiente y severa no sabe desmayar en su perenne alegato. Pero debido al empuje que la mueve sobre las cuartillas que llena con rapidez eléctrica; debido a que no revisa el escrito que corre a manos del cajista, así que la del autor lo arroja a un lado sobre su mesa; debido a eso, sus artículos no tienen la lima suficiente para que sean modelos de dicción; y literato de muy escaso bagaje, es preciso buscar en lo que su inspiración produce el origen que la ocasiona. Aglomera materiales innecesarios, y una vez que los tiene a disponer, no puede levantar con ellos sino toscas estructuras, porque le falta los útiles convenientes para dar esbeltez a su construcción. Concibe creaciones elegantes y atrevidas; pero sin las condiciones para pulir la materia, su espíritu desordenado, inquieto, revoltoso, chapucea entre mares de muy turbia corriente. Quiere ser original y no lo consigue. Se hace ridículo intentando ser nuevo. Cuando acude al chiste, estropea el buen gusto que da lástima, y sus gracias son tan pobres, que el lector menos entendido en este arte, arroja lleno de tremendo fastidio cualquier escrito donde Gámez quiere aparecer o jugueteo o cáustico.

Ha elaborado un libro de anales patrios, con labor digna de su energía, el cual, en nuestro concepto, es una de las condiciones que asisten a Gámez para invadir victorioso los senderos del porvenir. ¿A qué echarse con el anzuelo de una crítica superficial, a pescar trivialidades en ese trabajo que es el primero de su clase en nuestro país? Imparcial, conciso, claro, mucho más que de costumbre, le es el célebre predicador del credo liberal; sus juicios y sus narraciones sobre los acontecimientos que va estudiando, le dan carta de gran recomendación ante los que ahora leen y deban de leer mañana el espeso volumen de la obra más completa de don José Dolores Gámez.

Allí se le ve conducirse como el verbo de la sentencia inflexible pero justa; y como si supiera que escribe para el futuro, abandona su clámide sangrienta y se viste de blanco, pisando el graderío de la Historia.

Gámez político, es fiel a su causa como el San Bernardo a su monje; con ella borda el precipicio y se burla con ella de cualquier intemperie; pero ese mérito está oscurecido, sin embargo, por un egoísmo de su parte que lo hace quererlo todo para su escuela, aunque del otro lado padezcan los derechos y la libertad. Gámez hombre privado, es de nobles sentimientos, y puede llorar como un niño y ser afectuoso como puede serlo una mujer. Es altivo y valiente. Gámez escritor, es muy mediano en la forma, aunque bastante sólido en el pensamiento, y más bueno para lo serio que para lo jocoso. Gámez historiador es el que debe alzarse triunfante en el recuerdo nacional.

(Publicado en "El Iris de la Tarde" - 1898-1899)